



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9246

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LA SUSCRIPCIÓN Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CALLE MAYOR 94.

VIERNES 26 DE AGOSTO DE 1892.

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería.

Precios fijos. Entrada libre. Puerta de Murcia Pasaje de Consue.

COLABORACIÓN INÉDITA DESDE PARÍS.

21 de Agosto 1892.

En la sala Horel, celebró hace pocos días su fiesta anual el Sindicato de conductores de carros fúnebres.

Reuniéronse unos sesenta individuos bajo la presidencia de Mr. Girou, que pronunció un discurso de tonos sentimentales en elogio del Sindicato.

El presidente del mismo y otros tres señores, hablaron también, y no lo hicieron del todo mal. Solo faltó que concurrieran al acto comisiones nombradas por los cadáveres de todos los cementerios de la gran ciudad, con objeto de dar las gracias á los empleados de las empresas funerarias por el celo é inteligencia con que cumplen su misión...

Terminados los discursos, acabó también la gravedad de los concurrentes que tomaron asiento en derredor de una bien surtida mesa y que se entregaron á los goces de la gula, con una alegría digna de un bautizo ó de una boda.

A continuación del banquete, hubo su migita de concierto en el cual hicieron gala de sus facultades artísticas varios miembros del Sindicato.

Creo inútil advertir que entre las

piezas musicales ejecutadas, no figuraba ninguna marcha fúnebre.

El programa se componía de plocitas alegres y de alguna que otra canción del género picaresco.

En fin, vale más que no hayan asistido á la fiesta representaciones de los inquilinos de los nichos, fosas comunes y mausoleos porque, seguramente, se hubieran escandalizado al ver á los que les habían conducido á la última morada. Entre éstos, había algunos que se sentían capaces de hacerle el amor por todo lo alto, al primer esqueleto femenino que se les presentara por delante.

Para aquéllos de mis lectores que sean malos fisonomistas, pueden ser interesantes los pormenores de un hecho en el que figuran un rico propietario de la Avenida Saint-Mandé, una joven hermosa y aventurera, otra joven también hermosa, pero honrada, el marido de esta última y un individuo de la policía secreta.

El propietario, vió á la aventurera una tarde en que el termómetro marcaba 25 grados. La abordó y fue bien acogido.

Estuvieron hasta el anocher en Meulin-Rouge, un sitio delicioso para los que, al enamorarse, prescindan de todo lo que huele á platonismo.

Luego se separaron, y después el Tenorio de la respetable clase de burgueses, echó de menos su cartera que contenía 1800 francos.

El buen hombre supuso, y supuso bien, que los billetes que representaban esa suma, debían estar en poder de su compañera de excursión y acompañado de un polizonte se dedicó á buscar á ésta por todas las calles, callejuelas, plazas, plazuelas, paseos, establecimientos públicos y sitios reservados que tiene París.

A las cuarenta y ocho horas de peregrinación, el propietario y su acompañante, penetran en un café del boulevard Magenta. El pri-

mero grita señalando á una señora: «¡jesea es!» el segundo se aproxima á la señora señalada y la invita á seguirle; ella protesta con frases de indignación y dice que está esperando á su marido; pero son inútiles sus manifestaciones y sus súplicas y sale del café casi arrastrada por el agente de seguridad, y seguida por el Tenorio, que se frota las manos de gusto ante la idea de que va á recuperar sus mil trescientos francos.

Pero media hora después, y ante la autoridad competente, el propietario duda, vacila y acaba por confesar que es mal fisonomista y que puede haberse equivocado.... Y, efectivamente, resulta que la señora detenida no estuvo jamás en Meulin-Rouge.

Es muy posible que á estas horas el marido de la hermosa joven, le haya roto unas cuantas muelas al que la mandó detener, en cuyo caso á los mil trescientos francos perdidos tendrá que añadir éste, el importe de las muelas postizas...

Ser mal fisonomista, es la desgracia mayor que le puede ocurrir á uno, después de haberse dejado escamotear la cartera, llena de billetes, por una joven modelo de hermosura... y de amabilidad!

De día en día va aumentando la afición á los concursos de velocipedistas y andarines.

Las distancias señaladas en los programas de estas diversiones, son verdaderamente respetables. Por lo general, de cien kilómetros para los primeros y de treinta ó treinta y cinco para los segundos.

Hace pocos días me invitaron á tomar parte en una excursión organizada por una sociedad de jóvenes franceses, recientemente constituida, con el exclusivo objeto de emprender cada domingo una larga caminata por los alrededores de París.

Cuando supe que la excursión daba principio á las seis de la mañana, se interrumpía á las doce para

almorzar y continuaba desde los dos hasta las ocho, hora en que los expedicionarios debían estar de regreso en la plaza de la Concordia, renuncié al alto honor que se me dispensaba, y rogué á mis buenos amigos que no volvieran á acordarse de mi er. casos semejantes.

Comprendo que esa diversión será muy conveniente para el desarrollo de la fuerza muscular.... y para los zapateros: admiro á los émulos de nuestro compatriota Bargas, pero tratándose de recorrer una distancia que exceda de cinco kilómetros, creo que es más conveniente y más admirable un coche de punto, un ómnibus, ó un carruaje del ferrocarril.

¡Qué cosas les ocurren á algunos franceses cuando van á España!

En un periódico parisién de gran circulación acabo de leer lo siguiente:

«Los aduaneros españoles no serán incorruptibles, pero no puede negarse que son ingeniosos.

He aquí la prueba:

Uno de nuestros lectores quería introducir en España cierto objeto por el cual debía pagar los derechos muy elevados. Para evitar el pago de los mismos, declaró otra cosa y puso al mismo tiempo una moneda de cinco francos en la mano del encargado del reconocimiento.

El encargado miró á nuestro amigo y dijo con mucha calma:

«Yo, cuando miro una cosa la veo con los dos ojos y no con uno solo.»

Comprendió el viajero la indirecta y le dió otra moneda igual, consiguiendo así que los dos ojos del aduanero quedasen tapados.»

Al apreciable colega que ha publicado el anterior relato, se le olvidó añadir un importantísimo detalle.... Podía y debía haber dicho que el chascarrillo estaba copiado literalmente de un almanaque del año 50.

Lo recuerdo habérselo oído con-

tar á mi abuela, á la cual se lo refirió su padre, quien á su vez lo había escuchado de labios de uno de sus ascendientes.

Lo cual prueba que algunos franceses no merecen el calificativo que el periódico parisién aplica á los aduaneros españoles.

Porque me parece que no se necesita ser ingenioso para traducir anécdotas del tiempo del rey que rabió y publicarlas nuevamente con carácter de noticias de actualidad.

ANTONIO DE LA VEGA.

(Prohibida la reproducción.)

LITERATURA EXTRANJERA

EL DUELO DE CRUSTILLAC

HISTORIA DE LA CUESTION.

Crustillac tenía veinte y cuatro años, la nariz afilada, el bigote terminado en gancho, un estómago insaciable, unas pasiones borrascosas y una facundia tan-guedociana.

Pero había dos cosas que daban á Crustillac un aspecto sombrío: 1.º Sus mil quinientos francos anuales de sueldo no le permitían responder sino de una manera insuficiente á las solicitudes de su estómago y de sus desenfrenadas pasiones; 2.º Crustillac se consideraba un hombre incompleto por no haber tenido jamás un desafío.

A su repertorio faltaba un duelo, que irremisiblemente le hubiera dado el ascendiente del heroísmo sobre sus colegas de la oficina de transferencias, (en el fondo del corredor, primera puerta de la izquierda.)

Felizmente la Providencia velaba por Crustillac.

Un día,—el primero de un mes,—nuestro desconocido héroe, que había cobrado su sueldo y apresurábase á empezar el cambio en un restaurant contra una comida regada con salsas de la viuda Clicquot regañaba, representando con sus piernas una colección de periferias.

Un caballero y una dama pasan por su lado. El pie inseguro de Crustillac pisa el de la señora. El caballero se cree en el deber de enviar á Crustillac y á sus valientes piernas al otro lado de la calle, y así lo hace por medio de un empujón.

FLOR DE UN DIA

95

—A quien había de ser—respondió D. Pedro Pablo—á ustedes.

—Pero cómo han podido imaginar semejante cosa?

—¡Pues digá! vaya usted atando cabos: silbidos misteriosos... ese inglés ó francés ó lo que sea ¡buen trucha! rondando el hotel, éste escalado, la cuerda pendiente... Silencio... Soledad.

—Los han muerto—añadió su esposa arrebatándole la palabra de los labios—Aurelio y yo lo decíamos.

—Yo fui quien lo dije mamá.

—Calla, Aurora—mandó su madre gravemente—figúrese Vd. Salazar: los silbidos: la cuerda: Mariana sin bajar al jardín: todo en silencio: todo cerrado.... Vamos ha sido un susto horrible, espantoso, feroz.

—Yo me maravillo,—dijo Diego con calma un tanto saturada de ironía,—de lo que ustedes se han alarmado. Por nuestra parte no hemos dado motivo, ni en casa ha ocurrido absolutamente nada.

—Eso no,—repuso D. Pedro Pablo con prontitud;

—pues ahí está puesta la cuerda que es el cuerpo del delito, ahí tiene usted la yedra que no negará aunque se lo manden que la han desgarrado al subir, y al bajar y si quiere usted seguir buscando... ha de encontrar indicios que le sobran.

Diego Salazar ya no le oía, acababa de lanzarse

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

94

vista produjo, fueron tan enérgicas las exclamaciones para expresarlo, que el asombro de los dos hermanos subió de punto, sin que les fuese dable comprender, ni remotamente, de dónde partían sus insustentadas manifestaciones, recorriendo la escala de su interés en la más brusca transición, desde el pánico más profundo á el regocijo en toda su exaltación.

—Se han vuelto locos!—dijo por lo bajo Diego á su hermana—y aun así no es explicable la extravagancia de semejante algarada!

Mientras aquéllos exclamaban y éstos hacían por adivinar el motivo, el negro Juan abrió la verja algo premiosa por el poco uso que se hacía de ella, los señores de Alfaranes con su comitiva se precipitaron al jardín y Rocio y Aurora á los brazos de Mariana, á la que besaron con efusión, diciendo á la vez:

—Mariana mía, Mariana de mi alma...

—¿Pero qué ocurre? ¿Qué pasa?—acertó á decir Mariana.—¿Fuego acaso?

La robusta y sonora voz de D. Pedro Pablo en su más vigorosa entonación, elevándose sobre todas, resonó diciendo en tono trágico:

—No hay más ¡los han asesinado!

—¿A quién? preguntó Diego ansiosísimo de encauzar aquel desbordamiento de ternura y terror que continuaba poniéndole en duda la razón de quien lo sentía.

FLOR DE UN DIA

91

aspiración, una ley por la que se regían con portentosa inflexibilidad.

Dentro de aquellos muros cerrados á las miradas profanas con tesón barto extraño y perseverante, la vida era en todo extremo arreglada, metódica, y lo que es más activa y llena; en medio de su modestia y sencillez, sus hábitos se hacían notar por su perfume de delicadeza, de buen tono y de elegancia, que imprimía realce y realces á cosas y personas, haciendo una y otras agradables y atractivas; allí todo estaba sujeto á tiempo y medida y lo mismo había sido desde su instalación. Los cambios acaecidos no fueron poderosos á modificarles en nada: entre si eran los mismos, su modo de ser igual, todo corría de idéntica manera, á salvo los servicios de los jóvenes carolinos y las pequeñas esplendideces de su aumento de bienestar.

Como á las ocho de la mañana que siguió á la noche en que fueron tan audazmente espaldas por Sergio Valladares, tía y sobrinos se hallaban tranquilamente en su pequeño y alegre comedor, brillante de limpio, arreglado á maravilla, cerradas las persianas, abiertos los cristales, delante de uno de los balcones, la jaula con el canario ciego balanceándose en su limpia cañita, y en todas partes flores, unas en macetas y otras en floreros de esmaltada porcelana.

Aquella mañana, Diego con el batín de cuadros de la noche precedente, Mariana con bata blanca lo